

Fin del neoliberalismo

Rigoberto Lasso Tiscareño*



Avenida Juárez a finales de los cincuenta

La ciudad contaba con una fuerte economía y atrala a grandes masas migratorias que se empleaban en la agricultura, el comercio, la construcción y en el sector servicios. La mano de obra en Ciudad Juárez aumentó de casi 42 mil a 86 mil trabajadores entre 1950 y 1960.

Fuente: UACJ, Colecciones Especiales

En la actualidad el mundo capitalista atraviesa por una aguda crisis que ha obligado a los gobiernos, principalmente en los países desarrollados, a serias intervenciones para superarla. Cuantiosas inversiones y préstamos se realizan para resolver quiebras de grandes empresas transnacionales y caídas estrepitosas de los principales indicadores económicos, sobre todo del desempleo y de sectores claves cuyos efectos multiplicadores comprenden variadas esferas de la economía y de la vida social.

Por ese motivo ocurre una suerte de resurrección del pensamiento de John Maynard Keynes y un azaroso regreso a lo que se conoce como *Economías mixtas* que, ahora con la presidencia de Barak Obama, algunos atemorizados confunden con el socialismo.

Ello significó el abandono del esquema doctrinario del enfoque neoliberal que imperó en el planeta durante las últimas décadas, esquema también conocido como el consenso de Washington, o de la vigencia del libre mercado o del *laissez faire*.

Entre los personajes más destacados ligados a ese enfoque neoliberal están los regímenes de Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en Inglaterra. El teórico principal inspirador de esas políticas económicas fue Milton Friedman, *gurú* de los llamados Chicago Boys, que promovieron desastres sin cuento en muchos lugares.

La política neoliberal tuvo una vigencia dominante en las más distantes economías del mundo, en las relaciones internacionales, en el nacimiento y apogeo hasta confundirse con la globalización y,

destacadamente, en las concepciones de los principales organismos económicos multinacionales, como son el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial de Comercio. En México, el neoliberalismo prevalece desde el régimen de Miguel de la Madrid, pasando por los de Salinas de Gortari, Ernesto Zedillo, Vicente Fox hasta el actual de Felipe Calderón cuyo Secretario de Hacienda, también es egresado de la Universidad de Chicago. Ese esquema reventó las tensiones acumuladas en el mundo, que muchos analistas señalaron con insistencia y finalmente estalló en la actual crisis, de la que se pretende salir con medidas de corte keynesiano, que dan la puntilla final al neoliberalismo.

El predominio del neoliberalismo y su impulso fundamentalista acompañó, entre otras convulsiones trascendentes, la caída del socialismo real, el de la Unión Soviética y el bloque de Europa Oriental y moldeó el esquema de funcionamiento de la economía China. En sus inicios, nos recuerda una

equipo económico de Pinochet habían estudiado con Friedman en la Universidad de Chicago. Friedman predijo que la velocidad, la inmediatez y el alcance de los cambios económicos provocarían una serie de reacciones psicológicas en la gente que “facilitarían el proceso de ajuste”. Acuñó una fórmula para esta dolorosa táctica: el “tratamiento de choque” económico. Desde hace varias décadas, siempre que los gobiernos han impuesto programas de libre mercado de amplio alcance han optado por el tratamiento de choque que incluía todas las medidas de golpe, también conocido como “terapia” de *shock*¹

Esa terapia se aplicaría después en muchos lugares del mundo donde ocurrieran acontecimientos traumáticos, económicos o naturales. Sucedió así en el Irak ocupado, en Sri Lanka luego del tsunami o en Nuevo Orleans después del huracán Katrina. El ex agente de la CIA de 34 años de edad, agraciado con un contrato de seguridad privada por 100 millones de dólares

El predominio del neoliberalismo y su impulso fundamentalista acompañó, entre otras convulsiones trascendentes, la caída del socialismo real, el de la Unión Soviética y el bloque de Europa Oriental y moldeó el esquema de funcionamiento de la economía China.

lúcida indagación de Naomi Klein que empezó en Chile a partir del golpe de la dictadura militar. Sostiene esta autora que: “Milton Friedman aprendió lo importante que era aprovechar una crisis o estado de *shock* a gran escala durante la década de los años setenta, cuando fue asesor del dictador general Augusto Pinochet”. Los ciudadanos chilenos no sólo estaban conmocionados después del violento golpe de Estado de Pinochet, sino que el país también vivía traumatizado por un proceso de hiperinflación muy agudo. Friedman le aconsejó a Pinochet que impusiera un paquete de medidas rápidas para la transformación económica del país: reducciones de impuestos, libre mercado, privatización de los servicios, recortes en el gasto social y una liberalización y desregulación generales. Poco a poco, los chilenos vieron cómo sus escuelas públicas desaparecían para ser reemplazadas por escuelas financiadas mediante el sistema de cheques escolares. Se trataba de la transformación capitalista más extrema que jamás se había llevado a cabo en ningún lugar, y pronto fue conocida como la revolución de la Escuela de Chicago, pues diversos integrantes del

para reconstruir Irak, lo sintetizó elocuentemente: “Para nosotros —afirmó—, el miedo y el desorden representaban una verdadera promesa”.²

El análisis extraordinario de varias décadas que realizó esta interesante autora reveló que este fundamentalismo económico siempre requirió de situaciones de desastres cada vez más trágicos para implantarse y avanzar. Así ocurrió en China en 1989 cuando la masacre de la plaza *Tian An Men* desató detenciones de decenas de miles, que permitió al Partido Comunista Chino convertir al país en una zona de exportación con trabajadores aterrorizados como para exigir cualquier derecho; en 1993 en la Rusia de Boris Yeltsin quien, con el apoyo de los tanques cercó el Parlamento y privatizó fulminantemente sectores importantes de la economía. La implantación de medidas neoliberales, inspiradas en la Escuela de Chicago, requirió como condición previa un trauma colectivo nacional como incluso sucedió en los propios Estados Unidos después del 11 de septiembre.

En Estados Unidos, la administración Bush empezó por subcontratar [...] varias de las funciones más delicadas e

intrínsecas del Estado: desde la sanidad para los presos hasta las sesiones de interrogación de los detenidos, pasando por la "cosecha" y recopilación de información de los ciudadanos. El papel del gobierno en esta guerra sin fin ya no es el de un gestor que se ocupa de una red de contratistas, sino el de un inversor capitalista de recursos financieros sin límite que proporciona el capital inicial para la creación del complejo empresarial y después se convierte en el principal cliente de sus nuevos servicios.³

Esta terapia del *shock* afirma esta autora, "...seguirá funcionando entre los intersticios del sistema hasta que la ideología supremacista y empresarial que la propulsa quede en evidencia, aislada y en entredicho".⁴ Ese día ya llegó, la evidencia más contundente son las medidas de apoyo estatal que el propio Bush sometió a consideración del Congreso de su país y que el actual presidente se ha visto obligado a extender y profundizar.

La ganancia privada como motor del sistema llevaría a una mejor distribución de los recursos y a un equilibrio en ascenso mediante el mecanismo de "la mano invisible".

El planteamiento central de la política neoliberal es colocar al mercado en el centro de las decisiones económicas. Abandonar o mitigar toda intervención estatal que regule o incida en las economías, desmantelar las empresas públicas, así sean éstas fundamentales para el desarrollo y bien públicos, liquidarlas, fusionarlas con menos atribuciones o, de preferencia privatizarlas. Se intenta acabar lo que en su tiempo llamaron la economía ficción, terminar con los subsidios y el control de precios de los bienes básicos, la regulación estatal inclusive la de la producción, circulación o distribución de bienes esenciales para el bienestar colectivo. La idea central neoliberal es dejar todo, la fijación de precios o la inversión, al libre juego de las leyes de la oferta y la demanda. Se pensaba que en ese mundo ideal, las fuerzas del mercado construirían un mundo equitativo y economías sanas. La ganancia privada como motor del sistema llevaría a una mejor distribución de los recursos y a un equilibrio en ascenso mediante el mecanismo de "la mano invisible".

El pensamiento de Keynes, uno de los más ilustres defensores del capitalismo, es lo contrario.

Sostuvo que el capitalismo por sí mismo lleva a la autodestrucción, que cuando cae en crisis, la clase capitalista por sí sola es incapaz de recuperar el equilibrio. Se requiere entonces de una instancia superior que detenga la caída y emprenda la reconstrucción. El mejor expediente es hacerlo mediante la inversión pública para generar demanda, que llamó efectiva y que dicha inversión pública, por medio de mecanismos multiplicadores y aceleradores crea capacidad de compra, que eventualmente permite una dinámica de reconquista del equilibrio y el crecimiento. Si fuera necesario, sostenía Keynes, hay que contratar hombres para que hagan hoyos y otros para que los tapen, de ese modo se generan ingresos, compras, aumentos en la producción y nuevas inversiones.

La desaparición del llamado socialismo real del bloque soviético y el desmantelamiento del movimiento comunista internacional, de los partidos en las naciones centrales del sistema, y el debili-

tamiento de las organizaciones de trabajadores en los principales países, construyeron un nuevo escenario en el mundo que ubicó al capitalismo sin enemigo al frente.

Las innovaciones de la ciencia y la tecnología que impulsaron procesos sin precedentes de la llamada globalización, propiciaron una ofensiva de acumulación ampliada del capital que devastó las pocas reservas de defensas nacionales y de clase de los trabajadores. Se impuso en todo el planeta un mercado libre de conquistas obreras, de trabajo flexible, sin contratos permanentes y con renuncia a los derechos laborales conquistados. En realidad, a principios de los años 80, *no había un solo caso* de democracia pluripartidista que hubiese abrazado de lleno el libre mercado. Pero la influencia en el mundo era extraordinaria. "En 1999, entre los ex alumnos internacionales de la Escuela de Chicago se contaban más de veinticinco ministros en activo y más de una docena de presidentes de bancos centrales (desde Israel hasta Costa Rica), un nivel de influencia extraordinario para un solo departamento universitario" (p. 225). Ahora toda esa influencia es parte del

pasado.

Por ese motivo los de Chicago no consideraban al marxismo su auténtico enemigo. La verdadera fuente de sus problemas estaba en las ideas de los keynesianos en Estados Unidos, los socialdemócratas en Europa, y los desarrollistas en lo que entonces se llamaba el Tercer Mundo. Toda esa gente no creía en la utopía, sino en economías mixtas, que a ojos de Chicago no eran más que horribles bati-burrillos de capitalismo para la fabricación y distribución de productos de consumo, socialismo en la educación, propiedad del Estado en servicios básicos como el agua y de toda clase de leyes diseñadas para atemperar los extremos del capitalismo. Según el FMI entre 1981 y 1983; entre 1984 y 1987, en el momento álgido de la crisis de la deuda, fueron 140 los *shocks* de precios registrados en países en desarrollo, los cuales contribuyeron a hundir a éstos aún más en el pozo de la deuda. En el esquema freidmaniano coexistían como naturales la libertad económica y el terror político (p. 138). Como afirmó Eduardo Galeano en 1990: "Se metía a la gente en la cárcel para que los precios pudieran ser libres".

* Docente-investigador de la UACJ.

¹ Naomi Klein, *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidós, Barcelona, 2007, p. 28.

² *Ibid.*, p. 30.

³ *Ibid.*, p. 35.

⁴ *Idem.*

Recuento

El golpe de Estado en Honduras y la reelección

Víctor Orozco*

Son muy pocos los países en el mundo que en su sistema admiten la reelección indefinida del titular del Poder Ejecutivo. Entre ellos se encuentran Burkina Faso, Costa de Marfil, Chipre, Egipto, Francia, Islandia, Cuba, Kazajastán, Mauritania, Palestina, Singapur, Siria, Turkmenistán y Zimbabwe. En la mayoría se acepta una reelección limitada a dos periodos constitucionales. Y en los menos, hay una prohibición absoluta, como es el caso de México y de Honduras. En este último país, la Carta Fundamental consigna como uno de sus artículos "pétreos", es decir, inmodificables, el obligado cambio de ocupante de la silla presidencial. Al parejo, sin embargo, establece que *el pueblo es soberano*, como lo hacen todos los códigos políticos modernos, de donde se deriva que éste puede alterar incluso la forma de gobierno.

El argumento central de los golpistas que depusieron al presidente Manuel Zelaya es que éste violentó la Constitución al pretender reelegirse. No hay ningún acto del funcionario defenestrado que así lo pruebe, de allí que el argumento haya quedado como una pifia para todos los gobiernos y para los organismos internacionales. Igual ha sucedido con todos los juristas que lo han examinado, quienes coinciden en que si ese fuera el caso, la propia normatividad hondureña, como sucede en el resto del mundo, establece procedimientos constitucionales para enjuiciar al presidente cuando éste vulnera la legalidad. En Estados Unidos se conoce el *impeachment*; en México, el juicio político. Por esta razón es que los autores del golpe intentaron cubrirse falsificando una carta de renuncia de Manuel Zelaya.

Se trató lisa y llanamente de un asalto al orden jurídico, a la manera de los incontables que se han acumulado en la historia latinoamericana. Internamente, el derrocamiento concitó las adhesiones esperadas: de aquellos que lo fraguaron en la cámara legislativa y en la Suprema Corte, de las cúpulas empresariales, el ejército y la jerarquía eclesiástica, es decir, de los mismos que han estado atrás de los cuartelazos en Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia... Unos son los *leguleyos*, otros los del dinero, otros los de las armas y otros los de los favores celestiales. A todos los unifica el poder. El único actor que ahora no estuvo presente, fue el gobierno norteamericano, aunque dentro de la administración de Obama, hay quienes se inspiran en aquella cínica y desafortunada expresión de Franklin D. Roosevelt, quien dijo de Anastasio Somoza: "Es un hijo de puta, pero es nuestro hijo

(Continúa p. 48)